

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Políticos contra los partidos. Experiencias antipartidos en Chile 1989-2017¹

Politicians against parties. Antiparty experiences in Chile 1989 -2017

OCTAVIO AVENDAÑO²

Departamento de Sociología, Universidad de Chile, Chile

MARÍA CRISTINA ESCUDERO³

Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile, Chile

RESUMEN Este artículo analiza experiencias antipartidos que emergieron en Chile entre 1989-2017. Se propone una tipología para reconocer las formas y manifestaciones antipartidos que han surgido al interior del sistema político, en especial las adoptadas por partidos “tradicionales” y por quienes irrumpen por primera vez en la escena política. Se advierte que el fenómeno antipartidos puede ser adoptado tanto en organizaciones y liderazgos de izquierda como de derecha. Desde la izquierda la estrategia antipartido se utiliza para desplazar a los partidos que no han logrado impulsar transformaciones políticas y económicas profundas. En cambio, desde la derecha ha sido empleado como mecanismo de defensa del *statu quo* y que permite evitar transformaciones a la institucionalidad política vigente.

PALABRAS CLAVE Chile; antipartido; antipolítica; partidos; déficit democrático.

1. Este artículo ha sido elaborado en el marco de los proyectos Fondecyt 1180887 y 11220945. Los autores agradecen al sociólogo Iván Ojeda P., por su colaboración en el procesamiento de datos de encuestas.

2. Doctor en Ciencia Política, Universidad de Florencia, Italia. Profesor Asociado en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Áreas de investigación: partidos, representación de intereses y cambio institucional. E-mail: oavendanop@uchile.cl  <https://orcid.org/0000-0001-6945-5327>

3. Doctora en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesora Adjunta en el Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile. Áreas de investigación: procesos constituyentes, política comparada y cambio institucional. E-mail: mcristina.escudero@iap.uchile.cl  <https://orcid.org/0000-0002-4908-3500>

ABSTRACT This article analyzes antiparty experiences that emerged in Chile between 1990 and 2017. The text proposes a typology to recognize the forms and anti-party manifestations that have arisen within the political system, especially those adopted by traditional parties as well as those who burst onto the political scene for first time. It is noted that the anti-party phenomenon can be adopted by organizations and leaderships situated both on the left and the right of the political spectrum. From the left, the anti-party strategy is used to displace parties that have failed to promote deep political and economic transformations. On the other hand, from the right it has been used as a defense mechanism of the *status quo*, which allows avoiding transformations to the current political institutionality.

KEYWORDS Chile; anti-party; antipolitics; political parties; democratic deficit.

Introducción

Desde fines del régimen autoritario a la actualidad, es posible advertir una permanente crítica hacia los partidos tanto de parte de la ciudadanía como de un segmento de la élite política y empresarial. A nivel de la ciudadanía, esa crítica ha ido en aumento en conjunto con una serie de manifestaciones de desafección hacia el conjunto del sistema político. Con frecuencia, los partidos y el Congreso Nacional vienen siendo las instituciones peor evaluadas en comparación con la policía, las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación y la Iglesia⁴. Dentro de la élite política --dirigentes, parlamentarios y líderes de determinados partidos--, el antipartidismo ha sido un recurso retórico utilizado en momentos claves para la profundización democrática, coincidiendo con el distanciamiento manifestado por la ciudadanía.

Por cierto, se trata de un fenómeno que también se reconoce en otras democracias occidentales. A partir de los años noventa, en muchas de ellas se han registrado frecuentes ataques y manifestaciones de rechazo hacia los partidos establecidos, independiente de si estos se encontraban en el gobierno o en la oposición⁵. La pérdida del apoyo ciudadano, la irrupción de líderes *outsiders*, así como el desplome de algunos sistemas de partido, pasaron a ser expresiones de crítica y rechazo hacia ese tipo de organizaciones, como ocurrió en Brasil, Perú e Italia⁶.

4. VENEGAS (2016); LUNA (2017); PNUD (2019).

5. MUDDE (1996); POGUNTKE (1996); BARDI (1996); TORCAL *et al.* (2007 [2002]).

6. MAYORGA (1995); KENNEY (1998); SANI y SEGATTI (2001).

La bibliografía especializada ha relacionado el antipartidismo con situaciones de crisis económica y política, escándalos de corrupción y el desplome de las instituciones partidistas, acontecidas tanto en democracias europeas como latinoamericanas⁷. También se ha relacionado dicho fenómeno al surgimiento de partidos de extrema derecha, que en Europa emergen como reacción a los flujos migratorios hacia ese continente⁸ y como una característica de los populismos⁹. Los trabajos de Scarrow, Poguntke, Daalder y Mudde, fueron pioneros en estudiar de manera sistemática la crítica y el rechazo hacia los partidos por parte de las élites políticas, dando cuenta además que el antipartidismo no siempre ha traído un efecto negativo para el funcionamiento de la democracia. En algunas ocasiones, la estrategia antipartidos ha permitido desplazar a ciertas élites que se habían mantenido en el poder, e introducir cambios a nivel de la institucionalidad política.

El presente artículo analiza el fenómeno del antipartidismo en Chile, entre 1989-2020, centrándose en aquella crítica que surge desde los propios partidos, sean estos establecidos o “emergentes”, así como de líderes *outsiders* que pretenden incursionar en la arena política. La magnitud de este fenómeno contrasta con el reconocimiento que se tuvo acerca del desarrollo político e institucional, posterior a la finalización del régimen autoritario¹⁰. Cabe mencionar que en Chile los partidos cumplieron un rol decisivo en el inicio del proceso de recuperación democrática. Pese a las limitaciones que surgieron en los años posteriores a la transición, buena parte de los partidos se orientaron a promover y apoyar cambios institucionales de gran relevancia.

Tomando en cuenta estos antecedentes, el artículo busca responder a las siguientes preguntas: ¿cómo se ha manifestado en Chile el antipartidismo, desde la finalización del régimen autoritario en adelante? ¿Qué contribuye a que se difunda y se diversifique, sobre todo, en el transcurso de la última década? En este artículo se pone en evidencia que el antipartidismo ha estado presente desde los inicios de la recuperación democrática. Se asume como hipótesis que no fue necesario un período prolongado de funcionamiento y desgaste del sistema democrático para que dicho fenómeno apareciera. A medida que transcurre el proceso de democratización, el descrédito, la baja evaluación y la caída en la identificación, facilitaron la diversificación de expresiones antipartidos, convirtiéndose en un fenómeno transversal al ser adoptado tanto por organizaciones políticas de derecha como de izquierda.

7. BORDIGNON y CECCARINI (2015); KOSCHMIEDER y NIEDERMAYER (2015); IGNAZI (2019).

8. TAGGART (2017); IGNAZI (2019).

9. ROBERTS (1995); FREIDENBERG (2007, 2011); MUDDE *et al.* (2019).

10. HUNEEUS (2014); ALTMAN y LUNA (2015).

Es por eso que el propósito que subyace al despliegue de una estrategia y retórica antipartidos puede ser diverso. En ocasiones, se adopta para desplazar a partidos “tradicionales” y lograr el posicionamiento de partidos “emergentes”. En otras, por el contrario, pueden implicar el rechazo al conjunto de los partidos con miras a promover una nueva forma de participación, distinta a la que predomina bajo el modelo de la democracia representativa. En un sentido contrario, la crítica a los partidos puede significar una férrea defensa del *statu quo*, de parte de ciertos segmentos de la clase política tradicional, o bien de líderes *outsiders* que surgen con el fin de oponerse a cambios orientados a lograr una mayor democratización.

Para dar cuenta del fenómeno del antipartidismo en Chile, el artículo ha sido organizado en función de cuatro partes. La primera expone las consideraciones teóricas sobre el antipartidismo, profundizando en los avances de la literatura especializada para explicar dicho fenómeno. A partir de ello se propone un esquema analítico orientado al estudio del antipartidismo en Chile. La segunda parte realiza una caracterización del contexto institucional y de las variaciones en la opinión sobre los partidos, para entender la intensificación de la crítica hacia ellos y el posicionamiento de un antipartidismo transversal. La tercera parte aborda los tipos y principales manifestaciones del antipartidismo en Chile en base a una estrategia de tipo cualitativa, consistente en la revisión de prensa y de documentos internos, con la finalidad de reconstruir los hitos e ilustrar la retórica en contra de los partidos, desde 1989 en adelante. Por último, la cuarta expone las principales conclusiones de este trabajo.

1. El antipartidismo: consideraciones teóricas

1.1 Aproximaciones al fenómeno del antipartidismo

El antipartidismo ha sido abordado a partir de dos importantes enfoques. El primero de ellos proviene de los estudios sobre el populismo, en donde el antipartidismo formaría parte de una crítica hacia la élite política. En la experiencia populista clásica, que en América Latina abarcó desde la década de 1930 hasta la de 1960, figuras como Getulio Vargas en Brasil, Carlos Ibáñez en Chile y Velasco Ibarra en Ecuador, desarrollaron un discurso abiertamente antipartidos¹¹. Tanto en el populismo clásico, como en el neopopulismo, es posible reconocer una actitud antipartidos como parte de una crítica que se extiende hacia el conjunto de las instituciones representativas.

Los liderazgos populistas han privilegiado el contacto directo de las masas, evitando la mediación de los partidos y de otro tipo de instituciones. Mientras en el populismo clásico latinoamericano esa relación se daba a través de la concentración de tipo callejera, en el neopopulismo se asume a través de los medios de comunicación, en

11. FREIDENBERG (2007).

especial, la televisión y la radio¹². En muchas experiencias populistas contemporáneas se hace hincapié en la soberanía popular, así como en la promoción de mecanismos de democracia directa, dada la crisis de legitimidad que afecta a las instituciones representativas¹³. En todos estos casos, los partidos políticos, especialmente los “tradicionales”, son sindicados como responsables de los problemas que tiene la sociedad y un obstáculo para resolverlos.

Como consecuencia de la crisis de 2008, en Europa emergieron una serie de “partidos de protesta” o “movimientos-partidos” los que hacia el año 2011 lograron una importante cobertura mediática¹⁴. Así ocurrió con PODEMOS en España, que desde el inicio intentó disputar la representación al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Syriza en Grecia, el Partido Democrático Republicano de Portugal y el Movimiento 5 Estrellas en Italia, cuyo líder --el ex comediante Beppe Grillo-- realizó una demoledora crítica a la corrupción de la clase política de ese país. Aunque no todos son “movimientos-partidos”, todos ellos son considerados populistas o neopopulistas¹⁵. De igual modo, todos ellos se caracterizan por representar a la “nueva política”, en la que se promueven mecanismos de democracia directa, en contra de la “vieja política”, en la que tenderían a predominar las decisiones de los dirigentes de partidos establecidos, o partidos “tradicionales”.

Un segundo enfoque proviene de aquella literatura que analiza el fenómeno de la antipolítica. Al respecto, Campus define la antipolítica como “un recurso discursivo que sirve a nuevos sujetos políticos para diferenciarse de las fuerzas que representan al *establishment*”. Añade que se suele usar “de manera efectiva en todas las situaciones de crisis y de dificultad del sistema político”¹⁶. Además, reproduce aquel antagonismo, propio del populismo, entre pueblo y élite. En consecuencia, se podría decir que la antipolítica se asemeja al antipartidismo y que son expresión de un mismo fenómeno, dado que en momentos críticos aparece un fuerte cuestionamiento hacia los partidos establecidos. Campus aclara en un trabajo posterior que la antipolítica es un recurso que suelen utilizar determinados gobiernos o líderes carismáticos con el fin de conseguir apoyos para reformar la administración pública, llevar a cabo políticas de ajustes, de reducción del gasto y de beneficios sociales. Pone el ejemplo de los gobiernos de Charles de Gaulle, Ronald Reagan y Silvio Berlusconi, entre otros¹⁷. En la misma línea, Mayorga ha señalado que la antipolítica es, paradójicamente, una forma de hacer polí-

12. DE LA TORRE (2008) p. 38.

13. ANSELMINI (2019) p. 48.

14. DELLA PORTA *et al.* (2017) pp. 29ss.

15. MORLINO y RANIOLO (2017) p. 50; MUDDE y ROVIRA-KALTWASSER (2019) pp. 21-25.

16. CAMPUS (2006) p. 23.

17. CAMPUS (2010) pp. 152ss.

tica¹⁸. En su versión más extrema, como la de Fujimori en el Perú de los años noventa, al rechazar la totalidad de los partidos la antipolítica pone en cuestión las pautas de funcionamiento de los gobiernos democráticos.

A pesar de las cercanías, antipolítica y antipartidismo presentan una importante diferencia. Quienes adoptan una estrategia antipartidos no siempre asumen un discurso antipolítico. Por el contrario, estos pueden impulsar una estrategia antipartido, para disputar o desplazar a los partidos establecidos, con la finalidad de proporcionar un mayor espacio a la sociedad civil --promoviendo a dirigentes sociales, o miembros de organizaciones territoriales¹⁹. En la misma línea, Scarrow se refiere a la “política antipartido” cuando la crítica se concentra en partidos específicos, incluyéndola en sus propuestas programáticas, con el propósito de reemplazar a esas organizaciones en la representación del electorado²⁰. De manera que la antipolítica sería un fenómeno más amplio que el antipartidismo, al punto que éste último puede llegar a quedar subsumido en aquel. En efecto, haciendo uso de la antipolítica es posible abarcar todo el proceso de toma de decisiones.

1.2 Hacia un esquema analítico del antipartidismo

El antipartidismo puede ser asumido desde la ciudadanía como por las élites o líderes de determinados partidos. Por lo general, el antipartidismo tiene una connotación negativa cuando se rechaza la presencia y el rol de los partidos, dado que ello significa cuestionar un aspecto esencial de la representación política, sobre la cual se erigen las democracias contemporáneas. Sin embargo, dependiendo de cómo se adopte, el antipartidismo puede tener efectos positivos frente al mal desempeño de partidos existentes, ausencia de propuestas y hechos de corrupción. Si se utiliza en esa dirección, el antipartidismo puede contribuir a mejorar la representación. De manera que tanto las élites y los ciudadanos pueden desarrollar un antipartidismo que se expresa de dos formas. Por un lado, como crítica selectiva dirigida a ciertos partidos²¹. Por otro lado, en contra de los partidos *per sé*²².

18. MAYORGA (1995) p. 33.

19. LUPO (2013) p. 5.

20. SCARROW (1996).

21. KOSCHMIEDER y NIEDERMAYER (2015).

22. BARDI (1996); POGUNTKE y SCARROW (1996); POGUNTKE (1996, 2015). Al estudiar el comportamiento de la opinión pública, TORCAL *et al.* (2007 [2002], pp. 48-50) se refieren a dos formas de antipartidismo: i) el “antipartidismo reactivo” que surge de la diferencia entre las propuestas formuladas por los partidos y el nivel de concreción de estas mismas; y ii) el “antipartidismo cultural”, consecuencia de ciertas experiencias históricas y de la socialización política experimentada por cada individuo. Mientras el “antipartidismo reactivo” es coyuntural, el “cultural” implica la permanencia de ciertas actitudes y patrones de comportamiento individual. El “reactivo” puede movilizar a los ciudadanos en demanda de cambios políticos profundos; en cambio, el “cultural” acentúa el distanciamiento entre representantes y representados.

En relación a la crítica selectiva, esta puede ser originada desde ciertos partidos, por lo general “emergentes”, que desafían a otros ya establecidos. En ocasiones, esos partidos instrumentalizan el sentimiento antipartido que surge de la ciudadanía, para así debilitar y en lo posible desplazar a las organizaciones establecidas, sean estas de gobierno o de oposición. Ahora bien, tanto desde la ciudadanía como desde las élites, la crítica selectiva no afecta ni al sistema democrático ni al conjunto de las instituciones representativas, contribuyendo a la renovación y a la alternancia en el poder²³. En cambio, el antipartidismo *per sé* considera a los partidos organizaciones que sólo se ocupan de sí mismos, las que tras solicitar el respaldo ciudadano se olvidan de ellos hasta las siguientes elecciones²⁴. El antipartidismo *per sé* apunta a cambios profundos con miras a mejorar la institucionalidad democrática o, en un sentido contrario, promover soluciones autoritarias. Esto último, unido al descontento y al rechazo que los partidos suscitan en la ciudadanía, contribuye a socavar el apoyo hacia la democracia²⁵.

La importancia de centrar el estudio del antipartidismo en las élites radica en que se desarrolla antes que la crítica y el rechazo manifestado por los ciudadanos²⁶. Al respecto, Mudde proponía, en términos metodológicos, privilegiar el análisis de documentos y programas emanados desde los mismos partidos. En base a esa estrategia de análisis, Mudde logra reconocer la crítica selectiva de la *per sé* que rechaza el rol de los partidos dentro del sistema democrático²⁷, refirmando así lo planteado por Poguntke y Scarrow. Scarrow, por su parte, agrega que para el antipartidismo selectivo como en el *per sé*, resulta aconsejable distinguir el “sentimiento antipartido” de la “política antipartido”²⁸. Por “sentimiento” entiende la expresión de malestar, y de cuestionamiento, que ciertos partidos asumen frente a las acciones del resto o de unos cuantos. La “política antipartidos”, en cambio, adopta la forma de estrategia, pues pretende canalizar el descontento para impulsar reformas o transformaciones institucionales profundas.

En ocasiones, aquellos partidos que desarrollan la “política antipartidos” resaltan una idea de soberanía popular prescindiendo de las instituciones representativas y cuestionando a quienes forman parte del *establishment*²⁹. Se considera parte del *establishment* a los partidos que de manera habitual poseen algún potencial para llegar

23. Cf. MUDDE (1996) p. 267.

24. MUDDE (1996) pp. 269-270.

25. POGUNTKE (1996) p. 324

26. BARDI (1996) p. 346.

27. MUDDE (1996) p. 266.

28. SCARROW (1996) pp. 298-300.

29. BORDIGNON y CECCARINI (2015); KOSCHMIEDER y NIEDERMAYER (2015).

o permanecer en el gobierno, o a los cuales se les reconoce relevancia. Por ende, no es casual que estos partidos, también denominados “tradicionales”, sean el principal objetivo a sustituir por la “política antipartidos” ya sea promoviendo formas de democracia directa o bien, como ocurre en los últimos años, convirtiendo a las redes sociales en un amplio foro público y en un espacio ilimitado para la comunicación política³⁰. Los partidos *anti-establishment* se caracterizan porque el desafiar al statu quo se transforma para ellos en el principal propósito de la política, junto con reafirmar el antagonismo entre “clase política” y pueblo³¹.

Desde otro ángulo, la “política antipartido” puede ser entendida de un modo igualmente radical para los partidos establecidos, comprometiendo el funcionamiento del sistema democrático. Es decir, no solo los partidos serían objeto de crítica y denostación, pues también lo serían la política y el desempeño de las instituciones democráticas. Así, esta forma de antipartidismo desarrolla la “política de la antipolítica”. De ahí, por tanto, la importancia que se le atribuye a la tecnocracia y al saber experto, como reemplazo a un estilo de gestión centrado en los partidos y en los acuerdos entre sus principales dirigentes. O bien como dice Caramani, se deja de lado el principio de la representación por el de la gestión y la administración³². Mientras en el “antipartidismo *anti-establishment*” los partidos “tradicionales” son percibidos como no receptivos, en especial en los períodos de crisis económica o en los que aparecen hechos de corrupción, la “política de la antipolítica” cuestiona el hecho de que los partidos busquen de manera permanente “el consentimiento popular”, abogando a que los expertos tomen el control.

30. ANDUIZA *et al.* (2010); HARTLEB (2013); DELLA PORTA *et al.* (2017).

31. ABEDI (2004) p. 12.

32. CARAMANI (2017) p. 57.

Tabla 1
 Tipos de antipartidismo y de manifestaciones antipartidos.

Tipo de manifestación	Tipos de antipartidismo		
	a) Antipartidismo Selectivo	b. Antipartidismo <i>per sé</i>	
		Anti-establishment	Anti-político
Sentimiento antipartido (Cuestionamiento)	<ul style="list-style-type: none"> - Cuestionamiento que genera rivalidad entre partidos “emergentes” y “tradicionales” específicos. - Es compatible con la democracia. 	<ul style="list-style-type: none"> - Cuestionamiento que genera rivalidad entre partidos “emergentes” y la totalidad de los partidos “tradicionales”, o establecidos. - Genera mayores desafíos, pero es compatible con la democracia. 	<ul style="list-style-type: none"> - Cuestionamiento hacia los partidos, y de manera indirecta hacia el sistema político. - Tiende a debilitar al sistema democrático e impedir su profundización.
Política antipartido (Objetivo)	<ul style="list-style-type: none"> - Estrategia de reemplazo para desplazar a partidos cuestionados por no representar. - Es compatible con la democracia. 	<ul style="list-style-type: none"> - Estrategia orientada a una modificación profunda del sistema de partidos tradicional. - Genera mayores desafíos, pero es compatible con la democracia. 	<ul style="list-style-type: none"> - Estrategia para la denostación del conjunto de los partidos y del propio sistema democrático. - Llega a ser incompatible con la democracia.

Fuente: Elaboración propia en base a Poguntke (1996); Poguntke y Scarrow (1996); Mudde (1996); Abedi (2004); De Petris y Poguntke (2015); Caramani (2017).

La tabla 1 resume las manifestaciones y los efectos que los distintos tipos de antipartidismo tienen sobre el sistema de partidos y la democracia al considerar si se trata de un sentimiento antipartido o una política antipartido. Como se ha señalado, el antipartidismo puede ser “selectivo” o “*per sé*”. Este último a su vez puede asumir una postura “*anti-establishment*” o “anti-político”. De lo expuesto en la tabla 1 se pueden sacar dos conclusiones. En primer lugar, que no todas las expresiones antipartidos son incompatibles con la democracia. En segundo lugar, que las diferencias en manifestaciones y efectos se dan de manera gradual.

El sentimiento antipartido tiene manifestaciones y efectos similares en el tipo “selectivo” y “*anti-establishment*”, dentro del “*per sé*”. Al acusar la falta de legitimidad de algunos o de todos los partidos “tradicionales”, corrupción o mal desempeño de los mismos, pero sin promover su reemplazo a través de mecanismos distintos a los que permiten el funcionamiento del sistema de partidos, no habría incompatibilidad con la democracia. Así, los partidos criticados podrían resolver aquellos problemas

atribuidos mejorando la representación; o bien, permanecer pasivos y agudizar tales problemas, hasta ser reemplazados por los partidos “emergentes”. En cambio, cuando el antipartidismo “*per sé*” es “anti-político” su rechazo y denostación se dirige hacia todos los partidos e instituciones políticas, generando así un efecto mucho más nocivo que dificulta revertir la crisis de representación, debilitando con ello al propio sistema democrático.

Por otra parte, la tabla 1 también resume lo que ocurre cuando se configura un escenario de política antipartidista. Al pasar del cuestionamiento a una estrategia que persigue objetivos específicos, la relación con el anti-partidismo modifica los fines. Así, cuando se trata de un “antipartidismo selectivo”, el principal objetivo es posicionar un nuevo partido y reemplazar al que se encuentra en el gobierno. El efecto buscado es, por lo tanto, acotado y, en sí mismo, no incompatible con la democracia. El desplazamiento de los partidos “tradicionales” por otros, la ampliación de la participación y de la participación directa forman parte de la política de quienes asumen una estrategia antipartido “*per sé anti-establishment*”. Si bien, en este caso, los resultados son más inciertos para la democracia no se puede concluir que los resultados serán negativos para la proyección de dicho régimen político. Por el contrario, en la de un “antipartidismo *per sé* anti-político”, los cambios buscados son muchos más complejos y radicales, como restringir los ámbitos de la participación y reemplazar a los partidos del proceso de toma de decisiones. En este último caso, sí habría incompatibilidad con la democracia, porque la estrategia será promover formas autoritarias y de concentración del poder.

2. Aspectos institucionales y percepciones ciudadanas sobre los partidos en Chile, 1989-2017

En el transcurso de los últimos quince años, el distanciamiento de los ciudadanos con los partidos se ha tendido agudizar de manera notoria, al punto que la crítica y la falta de confianza hacia este tipo de instituciones afecta a la totalidad del espectro ideológico que va desde la izquierda a la derecha. A su vez, el descrédito hacia los partidos no sólo afecta a los llamados “tradicionales”, sino también a los llamados “emergentes”, u originados en años más recientes³³. A ello se agrega el hecho de que en Chile existe una tradición antipartidos, que aparece en el período comprendido entre mediados de la década de 1940 e inicios de la de 1960³⁴ y luego a raíz de la denostación que recibieron por parte de las autoridades del régimen autoritario³⁵. En lo que respecta

33. ALTMAN y LUNA (2015); VENEGAS (2016); LUNA (2017) p. 68; HUNEEUS y AVENDAÑO (2018) pp. 157-158; FUENTES (2021) p. 241.

34. CORREA (2004); MOULIAN (2006); FERNÁNDEZ (2007).

35. BAÑO (1986, 1990).

al período posterior a 1990, no existen aún estudios que analicen el fenómeno del antipartidismo, en los términos en que ha sido abordado por la literatura especializada, centrados en aquella crítica que surge dentro del propio sistema político y, en particular, desde ciertos partidos.

Desde el punto de vista organizativo, los partidos no lograron superar tendencias a la fragmentación pese a la vigencia del sistema binominal, en el período comprendido entre 1989 y las elecciones parlamentarias de 2013 (tabla 2). El efecto más inmediato del binominal fue el concentrar la representación en dos grandes coaliciones, facilitando la confluencia ideológica y programática entre ambas³⁶. Sin embargo, no logró el propósito de evitar la fragmentación entre los partidos, en especial de centro-izquierda, de hecho, estando aún vigente, entre los años 2007 y 2009, casi la totalidad de los partidos que conformaban la ex Concertación, experimentaron divisiones y tensiones que derivaron en escisión y creación de nuevos referentes. De ahí en adelante la tendencia no se logra contrarrestar, mucho menos con la puesta en marcha del sistema de representación proporcional, en las elecciones de 2017.

Tabla 2
 Número de partidos efectivos en Chile, 1989-2017.

Años	Listas	Candidatos	Listas electas	Partidos	Partidos electos	NEP, Coalición (votos)	NEP, partidos (votos)	NEP, Coalición (escaños)	NEP, Partidos (escaños)	Escaños
1989	7	419	3	13	7	2,59	7,13	2,04	5,07	120
1993	4	384	2	12	7	2,24	6,66	1,95	4,95	120
1997	5	442	3	11	8	2,54	7,19	2,07	5,34	120
2001	5	381	2	9	6	2,33	6,57	2,03	5,94	120
2005	4	386	3	10	7	2,36	6,58	2,02	5,59	120
2009	4	429	3	12	8	2,56	7,32	2,17	5,64	120
2013	6	470	3	14	10	2,75	8,75	2,09	6,59	120
2017	9	960	6	26	16	4,03	10,62	3,14	7,67	155

Fuente: Miranda y López (2020, p. 126).

La reforma que permite reemplazar al sistema binominal aseguraba mayor proporcionalidad, aumentaba el tamaño de los distritos y el número de cargos en la Cámara de Diputados (de 120 a 155), para de ese modo revertir el déficit de representatividad y hacer más inclusivo al sistema político. Si bien, la reforma logró reducir los problemas de proporcionalidad generó un mayor grado de fragmentación que el registrado en años previos al 2017³⁷. En la elección de 2017 el número de partidos efectivos llega al 10,62 en votación y a 7,67 en escaños, siendo la más alta desde el retorno a la democracia (tabla 2). La situación de fragmentación se ha visto también reflejada

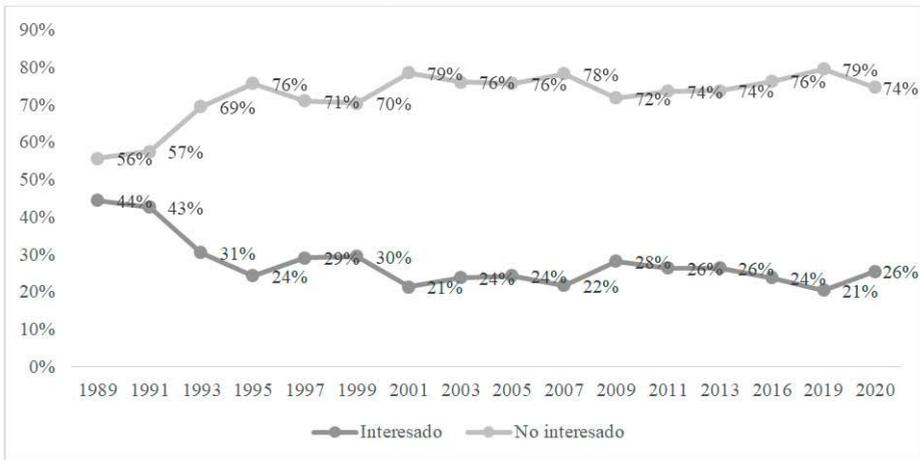
36. HUNEEUS (2014) pp. 170ss.

37. SANTANA *et al.* (2019) pp. 149-150; MIRANDA y LÓPEZ (2020) pp. 125-126.

en el número de candidatos y de partidos en competencia. Paralelo al fenómeno de la fragmentación, se fue configurando un contexto de progresiva pérdida de legitimidad, baja identificación y rechazo hacia los partidos por parte de la ciudadanía. También se expresó en un declive de la participación electoral y en un cada vez mayor desinterés por la política, registrado por una serie de estudios de opinión pública.

De acuerdo a los datos proporcionados por la Encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), el interés de las personas por la política en 1989 era de un 44,3%. Aunque el 55,7% no tenía interés, había mucho espacio para que la ciudadanía empatizara con el proceso de toma de decisiones y sus instituciones, especialmente considerando el alto porcentaje ciudadano que participó de los procesos electorales de esa época³⁸. La misma encuesta, mostró que en 1993 el interés por la política cayó al 30,5%, mientras que el desinterés alcanzó el 69,5%. A mitad de la década, en 1995, el desinterés llegaba al 76%. Desde esa época a la actualidad, el desinterés por la política se ha mantenido sobre el 70%.

Gráfico 1. Interés por la política, Chile 1989-2020.

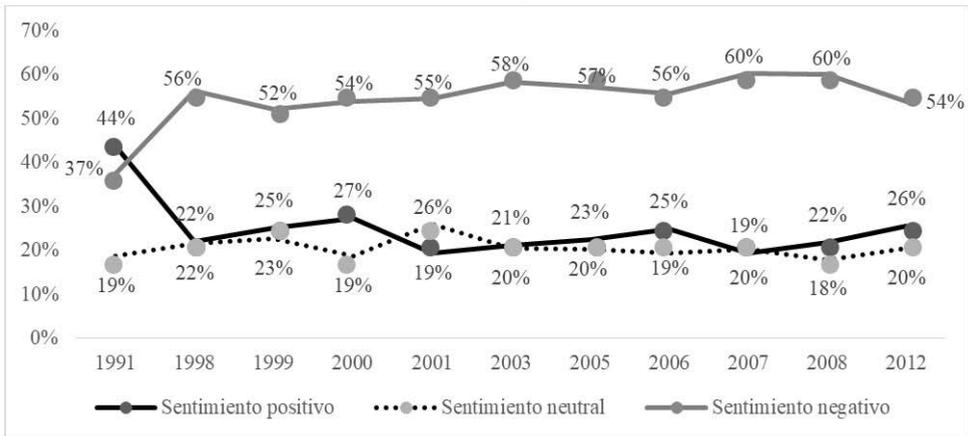


Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta CERC, 1989-2020.

38. En las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1989, participó el 84,2% de las personas en edad de votar. En las elecciones presidenciales de 2009, el porcentaje de la población en edad de votar fue por primera vez por debajo del 60% (59,2%). En las elecciones de 2013, la participación electoral bajó del 50%, e incluso en la segunda vuelta descendió al 42%. Con posterioridad, en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 2017 y 2021 la participación ha sido inferior al 50%. La excepción se produjo en la segunda vuelta presidencial de 2021, en la que se alcanzó un 55,6% de participación.

El desinterés por la política vino acompañado de un sentimiento negativo hacia la misma y una pérdida de la identificación partidaria. En 1991, en un ambiente aún de transición, un 37% de los encuestados manifestaban tener un sentimiento negativo hacia la política. Ese sentimiento se fue acentuando al punto que hacia el 2012 (año hasta el cual fueron registrados esos datos) alcanzaba al 54%. A fines de los años noventa, el sentimiento negativo se empujó por sobre el 55%, mientras que, casi una década después, en 2008, había llegado al 60%.

Gráfico 2. Sentimiento hacia a política, Chile 1991 - 2012.

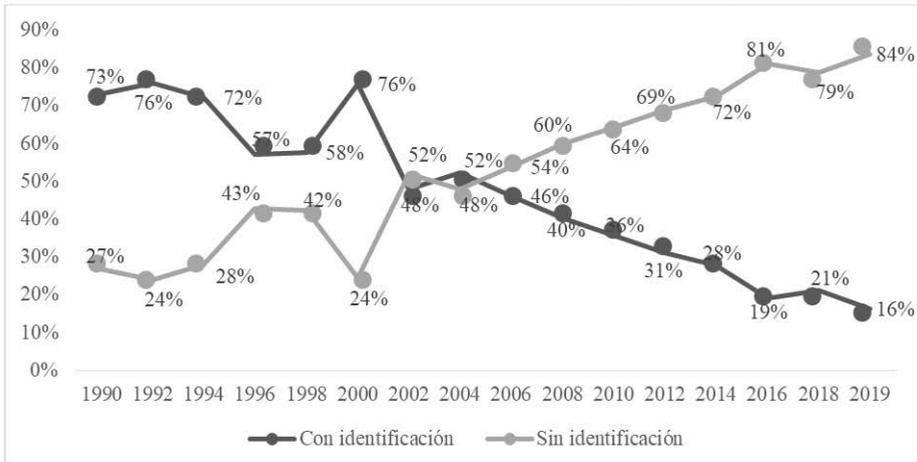


Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta CERC, 1991-2012.

Por su parte, la pérdida de identificación partidaria fue consistente con el contexto cada vez más adverso hacia la política. Los datos de la encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP) muestra con claridad la progresiva alza de quienes no poseen ninguna identificación partidaria. En 1990, alrededor del 73% manifestaba identificación con alguna organización partidaria, cifra que desciende al 19% en 2016, y al 16% en 2019. Cabe destacar que la caída en la identificación afecta a la totalidad de los partidos por igual, incluyendo a “tradicionales” y “emergentes”³⁹. De manera que, en este contexto de progresiva debilidad del sistema de representación, los ciudadanos abandonan el terreno de los partidos y generan un ambiente propicio al antipartidismo.

39. HUNEEUS y AVENDAÑO (2018); AVENDAÑO y ESCUDERO (2019).

Gráfico 3. Identificación Partidaria 1990 – 2019.



Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta CEP, 1990-2019.

Como se verá en el siguiente apartado, en el período 1989-2017, se han manifestado distintos tipos de antipartidismo. Desde la derecha ha predominado un antipartidismo “*per sé*” que desarrolla la “política de la antipolítica”, tanto por parte de liderazgos *outsiders*, provenientes del sector empresarial, como en el caso de aquellos que se desarrollan desde movimientos y organizaciones partidarias. Ese tipo de antipartidismo se ha expresado en momentos en que se ha requerido contrarrestar intentos por lograr una mayor profundización democrática. Así habría ocurrido a fines de los años ochenta y durante la segunda mitad de la década siguiente. A partir de las elecciones de 2009, el antipartidismo deviene en fenómeno transversal, al emerger un nuevo tipo que entremezcla la crítica selectiva con un discurso *anti-establishment*. De igual modo, la fragmentación y la escasa capacidad de respuesta del sistema de partidos ha permitido la irrupción de una “política de la antipolítica” y de una crítica dirigida cada vez más a los partidos “tradicionales”.

3. Tipos y manifestaciones antipartidos en Chile, 1989-2017

3.1 “Política de la antipolítica” en el antipartidismo *per sé*

Una de las primeras expresiones de antipartidismo fue la irrupción del liderazgo *outsider* del empresario Francisco Javier Errázuriz, a inicios de 1989. Errázuriz intentará proponer una alternativa lejana a los partidos de derecha vinculados al régimen autoritario --la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN)--, así como de la coalición de centro-izquierda denominada Concertación. Mientras que a la derecha la consideraba “continuista” a la Concertación la catalogaba de “izquierda rupturista”. A juicio de Errázuriz, ambas coaliciones eran la expresión de un pasado

que debía ser superado⁴⁰. Siendo un acaudalado empresario, y con una trayectoria vinculada solo al mundo de los negocios, Errázuriz no había desarrollado una carrera política. Su incursión, además, estuvo directamente relacionada a decisiones de entidades reguladoras de intervenir algunas de sus empresas. Al inicio de su campaña, en febrero de 1989, se refirió a los políticos indicando que “no se construye un país con palabras huecas, sino que sobre el hombro de los trabajadores”. De seguir en la senda del partidismo “de los políticos que no tienen nada que ofrecer, va a haber otro golpe militar y eso no lo queremos”⁴¹.

Para enfrentar las elecciones presidenciales de 1989, Errázuriz se apoyará en una lista de postulantes al Congreso Nacional conformada por dirigentes del antiguo Partido Nacional, no incorporados ni a RN ni a la UDI, y del Partido del Sur. Pese a no contar con partidos arraigados y competitivos, Errázuriz obtendrá el 15,43% de los votos en la elección de 1989. Quienes respaldaron su candidatura y propuesta declaraban “estar más allá de la izquierda y la derecha”, y en los primeros meses de 1990 dieron origen a la Unión de Centro-Centro (UCC)⁴². La UCC adoptó las características de un “partido personal”: creado al alero del mismo Errázuriz entre personas que ocupaban cargos en sus principales empresas⁴³. Hacia 1993, será partícipe de un pacto electoral integrado por RN, la UDI y la UCC. Así, en las elecciones de ese año, Errázuriz resultará electo senador por la circunscripción de la VII Región Norte, por un período que se extendía hasta marzo de 2001. Ese período como senador estuvo marcado por los conflictos de interés y problemas judiciales que llevaron a solicitar su desafuero. El antipartidismo de Errázuriz se enmarca en el tipo “*per sé* anti político”, que comparte con el “*anti-establishment*” el objetivo de crear un espacio para un liderazgo fuera de las organizaciones “tradicionales”, pero que en última instancia busca desplazar a los partidos de la toma de decisiones.

La mayor expresión orgánica del antipartidismo *per sé*, en su versión “antipolítica”, se encuentra en las posturas de la dirigencia de la UDI --desde su creación en septiembre de 1983. En términos doctrinarios, la UDI --continuada del Movimiento Gremial, originado en la segunda mitad de los años sesenta en la Universidad Católica-- cuestionaba la injerencia de los partidos en una serie de ámbitos de la vida nacional, resaltando la labor que debían desempeñar los llamados “cuerpos intermedios”. Además, la UDI concebía a la política como “acción de servicio”. En el mismo sentido,

40. Cf. ANGELL (2006), p. 20.

41. *El Mercurio*, febrero 19 de 1989. D19.

42. *La Época*, febrero 26 de 1990, p. 9.

43. El presidente de la UCC, Jorge Concha se refería de esta forma a esta colectividad: “No somos populistas, sino un partido serio que captará el descontento con los políticos” (*El Mercurio*, junio 21 de 1992. D16).

la función de los partidos se debía expresar en acciones pragmáticas, desideologizadas y despolitizadas⁴⁴. Iniciado el proceso de recuperación democrática, en 1990, la UDI pasó a ser la organización que representaba de manera más fiel los legados del régimen autoritario, orientando sus acciones a defender la obra y la institucionalidad derivada de ese período⁴⁵.

El principal hito de la UDI en esa década fue la promoción y el rápido posicionamiento de uno de sus dirigentes, Joaquín Lavín. Ex candidato a diputado y electo alcalde por la comuna de Las Condes en dos oportunidades, 1992 y 1996, se convierte en una figura nacional al punto de lograr ser el único abanderado de la derecha para enfrentar las elecciones de 1999. El estilo de gestión municipal promovido por Lavín le permitió a la UDI validar su propuesta de una política centrada “en los problemas de la gente”, y no en reformas constitucionales, modificaciones a la institucionalidad vigente ni mucho menos en la deliberación entre partidos. Como se indicaba en una nota de *El Mercurio*, el Consejo General de la UDI “le dio un espaldarazo masivo al estilo “desideologizado” de gobernar del alcalde de Las Condes, convertido en opción presidencial de la centroderecha”⁴⁶. Su crítica a los partidos cala de manera profunda en un electorado que, previo a las elecciones de 1999, observa que la crisis económica se agudiza, aumenta el desempleo, se incrementa la percepción de inseguridad ciudadana, irrumpe el conflicto mapuche y se intensifican las tensiones tras la detención del general Pinochet en Londres, en octubre de 1998⁴⁷.

Según Lavín al poner el acento en temas políticos e institucionales, los partidos descuidaban la preocupación por “los problemas de la gente”. Por ende, tanto Lavín como la UDI promovían --como estilo de gobierno-- privilegiar la presencia de “los más capaces” y reservar las principales decisiones a técnicos y expertos. De ese modo se reducía toda participación e injerencia de los partidos. Bajo estas premisas, Lavín logró ser la figura desafiante que la UDI y la derecha requerían para condicionar la proyección de la Concertación en el gobierno, aumentar el poder de veto en el Congreso Nacional y con ello restringir las posibilidades para que los sectores de centro-

44. Unión Demócrata Independiente (1991) p. 5.

45. Por ende, en varias ocasiones la UDI amenazó a sus socios de RN de romper su alianza si es que aprobaban las reformas promovidas por la Concertación (*El Mercurio*, noviembre 12 de 1995. D35). Similar actitud adoptó la UCC que incluso llegó a plantear dejar fuera de la misma alianza a RN por la disposición de muchos de sus dirigentes a aprobar reformas a la Constitución de 1980 (“*Las razones de Ángela Vivanco*”. *El Mercurio*, abril 21 de 1996. D2-3).

46. “UDI: un perfil para el 99”. *El Mercurio*, febrero 2 de 1997. D1 y D13. Una vez como candidato, la misma fuente informaba: “El alcalde de Las Condes, Joaquín Lavín, dijo en Coihaique que le interesa proponer al país una opción de gobierno que trascienda a los partidos, centrada en solucionar los problemas de la gente” (“Lavín”. *El Mercurio*, diciembre 2 de 1997. D39).

47. ANGELL (2006) pp. 70-71.

izquierda pudieran erradicar los “enclaves autoritarios” que se mantenían hasta aquel entonces. La retórica antipardista de Lavín ocultaba un fuerte apego al *status quo*.

Una tercera experiencia de “política de la antipolítica” fue la irrupción pública y mediática del economista Franco Parisi. A diferencia de Lavín, Parisi no poseía una carrera política previa a su aparición televisiva en 2011 y su posterior candidatura a la presidencia, promovida a partir de enero de 2013⁴⁸. Su aparición pública se produjo a raíz del escándalo por los cobros unilaterales de la empresa La Polar. Parisi aprovechó la ocasión para iniciar apariciones en televisión explicando, de manera didáctica, el funcionamiento de la economía y del sector financiero. Así, se transformó en una figura conocida con presencia permanente en los medios que se proyectó por todo el 2012. A fines de ese año, decidió postular como candidato a la Presidencia de la República⁴⁹.

De manera rápida, Parisi fue ganando popularidad en las encuestas. Esto alertó a los comandos de Marco Enriquez-Ominami (MEO), que postulaba por segunda vez, y de Evelyn Matthei, candidata de la derecha. Se pensaba que Parisi era capaz de arrebatar parte del electorado que en la elección de 2009 había respaldado a MEO y a Sebastián Piñera. “Si yo llego a La Moneda --decía Parisi en mayo de 2013-- vamos a quebrar el esquema actual del partidismo, donde las cúpulas, las élites de los partidos políticos, son ‘accionistas mayoritarios’”⁵⁰.

A juicio de Morales, la candidatura de Parisi fracturó las bases electorales de la derecha, lo que unido a las descalificaciones recíprocas con Matthei impidió que la votación de ambos se sumara en segunda vuelta para frenar el segundo triunfo de Michelle Bachelet⁵¹. Parisi desplegó una fuerte crítica hacia el gobierno de Piñera, la que repercutió en el debilitamiento de la candidatura de Matthei. Situación que se acentuó cuando Parisi nombró como jefe programático de su candidatura al senador de RN Antonio Horvath⁵². La crítica hacia el oficialismo fue combinada con el cuestionamiento hacia el conjunto de la clase política. A juicio de Parisi, la condición

48. En la trayectoria previa de Parisi, destaca su participación como asesor ministerial bajo los gobiernos de Aylwin (1990-1994) y Frei Ruiz-Tagle (1994-2000) y su incorporación al “Grupo Tantauco”, encargado de elaborar el programa de Sebastián Piñera para la contienda presidencial de 2009 (GONZÁLEZ *et al.*, 2017, p. 196).

49. En enero de 2013, Parisi se autodefinía de esta forma: “Yo no soy hijo de ningún dirigente, de ningún senador ni diputado. Sólo soy un vecino de la calle y un profe que quiere ser presidente y que quiere hacer un gobierno para las personas (...) no para los partidos políticos” (<https://www.emol.com/especiales/2013/actualidad/nacional/carrera-presidencial/ficha-parisi.asp>).

50. <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/politica/presidenciales/franco-parisi-en-el-diario-de-cooperativa/2013-05-27/074953.html>.

51. MORALES (2015) p. 267.

52. GONZÁLEZ *et al.* (2017) p. 195.

de los partidos era similar al monopolio que ejercían las grandes empresas. Como señalaba Parisi: “Vamos a estar sí o sí en la papeleta porque esta es la única elección en que vamos a poder terminar con el monopolio de los partidos políticos, porque los controladores al igual que las empresas, se adueñaron de la política”⁵³. Avanzada su candidatura reiteraría la crítica y la necesidad de lo que él consideraba desplazar el excesivo protagonismo de los partidos.

Al final, Parisi obtuvo el 10,11% de la votación, sin partido alguno que lo haya respaldado, ubicándose en el cuarto lugar (de 8 candidatos) y levemente bajo MEO, quien en dicha ocasión solo alcanzó un 10,99%. Parisi logra este resultado en un escenario de muy baja identificación partidaria --menor al 30%-- y una participación electoral inferior al 50% de las personas en edad de votar.

3.2 Entre antipartidismo selectivo y *anti-establishment*: MEO y el Frente Amplio

El antipartidismo *anti-establishment* se utiliza como mecanismo de crítica a la falta de alternativas y de alternancia en el gobierno, enraizada en Chile desde que se diera inicio al proceso de recuperación democrática. Por ende, no resulta casual que este tipo de críticas fueran acogidas, por primera vez, en un segmento importante del electorado, en vísperas de las elecciones de 2009. Previo a ese evento electoral, entre los años 2007 y 2008 se había registrado tensiones al interior de los principales partidos de la Concertación, partiendo por el PPD, siguiendo con el PDC y finalmente el PS. Algunas de esas tensiones fueron consecuencia del cuestionamiento a la conducción del gobierno, en materia económica y en la orientación de sus principales políticas públicas. En medio de esas tensiones irrumpe el liderazgo del diputado socialista Marco Enriquez-Ominami (MEO) que de inmediato supo sintonizar con las demandas de los sectores más jóvenes y de quienes planteaban una renovación tanto de conducción como de contenidos en la Concertación. La opinión pública consolidaba un sentimiento negativo hacia la política que alcanzaba hasta un 60% en las encuestas. Lo mismo pasaba con la ausencia de identificación partidaria que experimentaba una aguda alza, la que en 2009 registraba un 57%.

MEO poseía una trayectoria política que se remontaba a su época de dirigente estudiantil, en representación de la Juventud Socialista. Siempre estuvo ligado a ese partido y, junto a los miembros más directos de su familia, participó como colaborador de las campañas electorales de la Concertación. Hijo adoptivo del senador socialista Carlos Ominami, en 2005 MEO se convirtió en diputado, representando al PS, en uno de los distritos pertenecientes a la circunscripción de su padre. De manera

53. <https://www.latercera.com/noticia/franco-parisi-voy-a-estar-en-la-papeleta-para-2013-porque-esta-es-la-unica-eleccion-para-derrotar-el-monopolio-politico/?media=print>.

infructuosa, MEO intentó conducir el proceso de renovación de la Concertación, al postular como abanderado presidencial en las elecciones de diciembre de 2009. Sin embargo, encontró una férrea oposición en la dirigencia de su propio partido y demás integrantes de la Concertación. Es así como MEO se propuso postular de todas formas a la Presidencia de la República ofreciendo una alternativa distinta a la derecha y a la Concertación⁵⁴.

Durante parte importante de la campaña, las críticas de MEO se dirigieron hacia el abanderado de la Concertación, Eduardo Frei Ruiz-Tagle y los partidos oficialistas de centro-izquierda⁵⁵. MEO aludía a una razón más de fondo, para justificar su candidatura y competir contra la propia Concertación. Según indicaba en ese entonces, “algunos dirigentes de los partidos de la Concertación no se han atrevido ni se atreverán a hacer los cambios que son necesarios”⁵⁶. En varias ocasiones, MEO se esmeró por desplegar una crítica que incluyera al conjunto de la clase política, la que al final remitía exclusivamente a la Concertación. Señalaba, por ejemplo, que “hoy tenemos un duopolio político: dos empresarios de matriz demócratacristiana”⁵⁷. La pugna con la dirigencia de la Concertación, y la permanente crítica hacia su candidato por parte de MEO, le ahorró trabajo al abanderado de la derecha, Sebastián Piñera. Como ha descrito Tironi, “a Piñera no le venía bien despotricar contra la política y los políticos, pues podía despertar el fantasma de Pinochet, al que tanto le había costado enterrar. Pero MEO podía hacerlo, pues estaba vacunado contra tal acusación”⁵⁸.

La candidatura de MEO no logró tener expresión orgánica alguna. Además, mantuvo su vínculo con el PS hasta avanzado el desarrollo de su candidatura. Recién el 12 de junio de 2009 formaliza su renuncia a dicho partido. Su campaña electoral se llevó a cabo reuniendo adherentes de diversos sectores, incluyendo a quienes votarían por Piñera en la segunda vuelta efectuada en enero de 2010, y otros provenientes de la izquierda extraparlamentaria⁵⁹. Algunos de sus colaboradores, como el economista Paul Fontaine, pasaron a formar parte del comando de Piñera una vez conocido los resultados de la primera vuelta⁶⁰. El antipartidismo selectivo de MEO se concentró, más bien, en explotar el cuestionamiento hacia ciertos partidos por su desempeño y escasa capacidad para concretar los cambios.

54. *El Mercurio*, mayo 3 de 2009. C2.

55. “Enriquez-Ominami endurece discurso contra Frei y tensiona disputa presidencial oficialista” (*El Mercurio*, mayo 10 de 2009. C2).

56. Cf. NAVIA (2009) p. 133.

57. *El Mercurio*, abril 19 de 2009. D17.

58. TIRONI (2010) p. 118.

59. OSORIO y SHUSTER (2010) pp. 104.105.

60. <https://www.latercera.com/noticia/pinera-incorporacion-de-fontaine-es-una-muestra-de-apertura-de-nuestra-coalicion/>.

El aspecto más innovador de la campaña de MEO fue el uso efectivo que le dio a las redes sociales, estableciendo con ello una importante distancia con las otras candidaturas y las campañas realizadas con anterioridad, pero por sobre todo, le permitió independencia de las estructuras partidarias a las cuales criticaba. El uso de Facebook y en menor medida de Twitter le permitieron a MEO tener un contacto fluido y de más cercanía con los votantes juveniles⁶¹. Quienes participaron activamente en su campaña poseían un buen manejo en el uso de las redes sociales, lo que permitía a MEO transmitir su mensaje en los mismos códigos de la población juvenil. De este modo, MEO lograba sortear los problemas de acceso a recursos económicos que requería la campaña y, por otro lado, prescindir de las estructuras de los partidos “tradicionales”⁶².

Para las elecciones de 2013, MEO contaba con una base más orgánica respecto a su primera incursión presidencial, destacando la presencia del Partido Progresista (PRO) y del Partido Liberal. Creado poco después de las elecciones de 2009, el PRO tuvo un magro desempeño en las contiendas electorales sucesivas, la municipal de 2012 y la parlamentaria de 2013. Aún así, el PRO presentó candidatos a diputados y como consejeros regionales que acompañaron la candidatura presidencial de MEO⁶³. A diferencia del 2009, MEO ahora debió atenuar las críticas hacia la ex Concertación orientándolas hacia el candidato independiente Franco Parisi, a quien llegó a calificar de “encubierto de la derecha”⁶⁴. Con todo, MEO se presentó como una candidatura fuera del establishment y, a la vez, en competencia contra este mismo.

En su programa presidencial de 2013, MEO intentó incluir las principales demandas de las movilizaciones sociales de 2011-2013, entre las que destacaban educación gratuita y realización de una Asamblea Constituyente, objetivos que también fueron asumidos por la candidatura de Michelle Bachelet. MEO aparecía como una opción menos desafiante para quien oficiaba como la abanderada de la coalición de centro-izquierda, la que esta vez incluía al Partido Comunista, denominada Nueva Mayoría. La novedad del 2009 se había desvanecido para MEO y esto hizo que su impronta antipartidista fuera menos efectiva, focalizándose así en la figura de Parisi, lo que junto

61. VENEGAS (2016), p. 154.

62. Las propuestas de reformas políticas mencionadas en su programa no fueron muy distintas a las que planteaban los sectores “más liberales” de la Concertación y de la derecha, y por cierto considerablemente más débiles a las que se promovieron en el período 2014-2018. En su programa, MEO proponía una democracia más efectiva e inclusiva, se mostraba partidario de la inscripción automática y del voto voluntario, junto con “reformular el sistema binominal” y establecer límites a la reelección. Respecto a los partidos, más que apostar a su fortalecimiento o solucionar los problemas de financiamiento, se refería únicamente a la realización de primarias abiertas a toda la ciudadanía.

63. *El Mercurio*, junio 16 de 2013. C2.

64. Cf. OSORIO *et al.* (2017) p. 175. Véase también: <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2012/08/21/meo-bachelet-y-yo-somos-las-unicas-opciones-progresistas/>.

a la presencia de otras candidaturas alternativas de izquierda terminaron por mermar aquel apoyo electoral obtenido en 2009. Sin perjuicio de ello, es posible señalar que la estrategia antipartidista de MEO pasó de uno “selectivo”, basado más bien en un sentimiento, a uno que se plasma en una “política antipartido” --sin perder lo selectivo-- con el objeto de posicionar al PRO. Tras una tercera apuesta presidencial, en el 2017, MEO estableció puentes con los partidos de la ex Concertación, al punto de impulsar al PRO a suscribir pactos electorales para las elecciones de constituyentes, de gobernadores y municipales, de abril de 2021. Ya en este punto, MEO abandona su estrategia antipartidista.

La experiencia más reciente de antipartidismo, desplegado desde la izquierda, ha sido la del Frente Amplio (FA). Se trata de un antipartidismo que, a diferencia del de MEO, se desarrolla de manera colectiva y se dirige hacia lo que se denomina el “establishment”, que incluye a la totalidad de la clase política que tuvo un rol protagónico entre 1990 y 2017 –dentro de lo que es un “antipartidismo *per se*”. A diferencia de MEO, además, la crítica hacia los partidos “tradicionales” no es momentánea, sino que está presente en sus bases programáticas. El FA surge en enero de 2017 de la confluencia de una serie de organizaciones de izquierda, que se mantuvieron al margen de la Concertación y de la Nueva Mayoría (2014-2017), sobresaliendo el Partido Humanista, Izquierda Autónoma, Movimiento Autonomista, Revolución Democrática, Izquierda Libertaria y otras de menor representación y escasa figuración a nivel de organizaciones sociales. Con excepción del Partido Humanista, las otras agrupaciones que integraron el Frente Amplio derivaron de organizaciones que alcanzaron un notorio protagonismo en el movimiento estudiantil del periodo 2011-2013.

Previo a su creación, hubo algunos hitos anteriores que facilitaron la confluencia de esos grupos. En primer lugar, el interés que despertó en muchos de sus dirigentes lo ocurrido con los partidos de protesta europeos, que emergieron tras la crisis de 2008, como el Movimiento 5 Estrellas en Italia, Syriza en Grecia y sobre todo PODEMOS en España. De hecho, la crítica al “duopolio” --el bloque de centro izquierda, representado por la Concertación y el de derecha, por Chile Vamos-- formulada por los dirigentes del Frente Amplio tuvo características muy similares a las críticas que PODEMOS dirigió hacia el Partido Popular y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE)⁶⁵. En segundo lugar, las elecciones de 2016, en las cuales un representante del Movimiento Autonomista, Jorge Sharp, se impuso ante los candidatos de las coaliciones predominantes hasta ese entonces, en la contienda por la alcaldía de esa ciudad. Previo a la aparición del FA se produjeron también situaciones de corrupción relacionadas con el financiamiento de empresas hacia los partidos de la derecha y la ex Con-

65. MAYOL y CABRERA (2017) pp. 93ss.

certación, tensiones que afectaron al segundo gobierno de Michelle Bachelet (2014-2018), además de una tendencia al debilitamiento y la fragmentación de los partidos⁶⁶.

El FA apuntaba a reemplazar la política de acuerdos cupulares por una más participativa, en donde las bases se involucren de manera activa. Una política que, para lograr ser mayoría, era necesario el entendimiento con otras organizaciones con las cuales fuera posible tener un programa de transformación. Como aclaraba el alcalde Jorge Sharp: “La voluntad de coalición no supone el acuerdo entre las cúpulas (...) es necesario construir entendimiento con otras fuerzas que no piensan igual, construir mayoría en Chile desde la base a la punta”⁶⁷. En la misma línea se pronunciaba al poco tiempo la precandidata del Frente Amplio, Beatriz Sánchez: “Hoy el FA se construye desde los movimientos sociales y queremos que no solo la construcción del programa se haga desde ese mundo, sino que cuando hagamos gobierno sea en conexión con los movimientos sociales”⁶⁸.

En su programa de gobierno del 2017, se señalaba la necesidad de avanzar en la democratización, promoviendo el cambio constitucional a través de una Asamblea Constituyente. También se afirmaba la necesidad de promover formas de participación y de democracia directa, como plebiscitos vinculantes e iniciativas populares de ley. Sostenía que hasta ese entonces los partidos “tradicionales” han sido controlados por unos pocos, quienes además han actuado “moderando y finalmente domesticando cada intento, por modesto que sea, de cambio hasta aquí”⁶⁹. A ese “poder de pocos” opone lo que denomina el “poder de muchos”, para lo cual es fundamental proporcionar instancias de diálogos que permitan acuerdos horizontales y transparentes. Además de promover la participación se consideraba en este programa que era fundamental reformar el sistema de partidos, con el fin de asegurar “su democratización y control ciudadano”⁷⁰.

La nueva forma de hacer política, planteada por los representantes del FA, implicaba un distanciamiento con las dos coaliciones predominantes, a las que denominaba “el duopolio”⁷¹. En una de sus primeras actividades efectuadas tras su creación, los dirigentes del FA declaraban: “Nos vinculamos para transformar Chile con la gente y para la gente, no para gobernar para los grandes grupos económicos, como han

66. GAMBOA *et al.* (2016); MIRANDA y LÓPEZ (2020).

67. “Las recetas del alcalde Sharp”. ¿Qué Pasa?, mayo 5 de 2017 p. 24

68. “¿En qué cree Beatriz Sánchez?”. ¿Qué Pasa?, junio 16 de 2017, p. 26.

69. Frente Amplio (2017) p. 6.

70. Frente Amplio (2017) p. 29.

71. En su declaración de principios, se sostiene que el FA cree “en la necesidad de generar una fuerza política y social transformadora que sea una alternativa al duopolio conformado por la derecha y la Nueva Mayoría”. Al respecto: <https://www.frente-amplio.cl/quienes-somos>.

venido siendo los últimos 26 años en el país⁷². Sin embargo, desde los inicios del FA, las críticas hacia la coalición de centro-izquierda aún en el gobierno, superaron con creces las que efectuaban hacia la derecha. Durante la campaña electoral de 2017, ese tipo de críticas se intensificaron tanto por parte de Beatriz Sánchez como del resto de los postulantes al Congreso pertenecientes al FA. En tal sentido, el FA tendió a repetir el repertorio utilizado por MEO en las elecciones de 2009, haciendo más tenues las críticas hacia el conjunto de la clase política. En el fondo, al concebir en los mismos términos a la ex Concertación y al bloque de derecha, el FA asumía que bastaba concentrar su cuestionamiento sobre la primera para dar por hecho que con ello hacía referencia a todos quienes formaban parte del *establishment* político.

4. Conclusiones

De acuerdo a lo que se ha presentado, en Chile el antipartidismo ha estado presente en todo el proceso de democratización iniciado a partir de las elecciones de 1989, que pusieron fin a la dictadura. Y a partir de ese entonces, se ha expresado de diversas formas (tabla 3). Los primeros liderazgos y organizaciones políticas que asumieron la actitud antipartidos provenían de la derecha. Estos no aspiraban a instaurar un régimen autoritario, sino más bien a darle efectividad a la institucionalidad política derivada del proceso de transición, manteniendo el carácter restringido que poseía la democracia chilena en los años noventa. Además, pretendían modificar la forma de hacer política, en su sentido más tradicional, apostando por estilos de gestión empresarial y de corte tecnocrático. Por un lado, Errázuriz lo hace creando un nuevo partido y, por otro, Lavín lo proyecta a partir de su participación en la mesa directiva de la UDI y luego en su condición de alcalde de Las Condes, hasta 1999 y Santiago entre 2000 y 2004. Ambos denostan la injerencia de los partidos, así como la confrontación ideológica y programática, planteado su reemplazo por medidas concretas que no amenacen ni la institucionalidad vigente ni mucho menos el modelo de desarrollo.

72. *La Tercera*, enero 22 de 2017, p. 14.

Tabla 3. Resumen antipartidismo en Chile (1990 -2017).

Tipo de manifestación	Tipos de antipartidismo		
	a) Antipartidismo. Selectivo	b. Antipartidismo <i>per sé</i>	
		Anti-establishment	Anti-político
Sentimiento antipartido (Cuestionamiento)	MEO 2009	MEO 2009 Frente Amplio (2017)	Errazuriz (1993) Lavín (1999) Parisi (2013)
Política antipartido (Objetivo)	MEO 2013 Frente Amplio (2017)	Frente Amplio (2017)	Errazuriz (1993) Lavín (1999) Parisi (2013)

Fuente: Elaboración propia.

Pese a lo anterior, habría que destacar que mientras existió cohesión en el espectro de la centro-izquierda, es decir hasta 2007, el sistema de partidos fue menos permeable a los cuestionamientos y críticas relacionadas con la poca sintonía con la ciudadanía. La UCC desapareció hacia fines de los años noventa y Lavín se fue desperfilando, ya hacia 2004, de su condición de líder de la derecha. Reaparece posteriormente sin una actitud antipartidos, sino como parte del *establishment*. Incluso, la UDI fue adoptando una disposición al diálogo y a la negociación de importantes reformas, como las que se llevaron a cabo entre 2003 y 2005.

Las elecciones de 2009 representan un quiebre al aparecer una nueva forma de antipartidismo proveniente desde un liderazgo de centro-izquierda, perteneciente inicialmente a la Concertación, como lo era MEO en ese entonces. MEO desarrolla un tipo de antipartidismo que intenta ser *anti-establishment* pero que se queda en lo selectivo, debido a que tiende a concentrar la crítica en la Concertación, e incluso en lo que fue su propio partido, el socialista. El otro quiebre importante se produce con miras a las elecciones de 2017 con la aparición del FA. A diferencia del fenómeno MEO, el FA sí despliega una crítica que incluye a la totalidad de la “clase política”, logrando además una mayor coherencia en su crítica a las limitaciones del sistema político y a los problemas derivados del modelo de desarrollo. Su participación ha sido clave con posterioridad a la elección del 2017, dado que algunas de sus organizaciones fueron interlocutores para el impulso del proceso constituyente y de cambio institucional que deriva tras el estallido social de octubre de 2019. El hecho de que varios de los dirigentes del FA asumieran un rol protagónico en las movilizaciones llevadas a cabo entre 2011 y 2013, les permitió dar un paso más allá de lo que MEO instala el 2009. Ambos, MEO y el FA, impulsaron a que el resto de la centro-izquierda acogieran propuestas de transformación.

La UDI, el liderazgo de Lavín, MEO y el FA desarrollan un antipartidismo desde el sistema político, o en el caso de este último cuando existen claras intenciones de ser partícipe del juego electoral y de la actividad parlamentaria. De ahí que su irrupción y posicionamiento en el sistema político tenga consecuencias, en la preservación o modificación de las instituciones. En cambio, el antipartidismo *outsider* de Errázuriz y de Parisi, si bien comparten una matriz ideológica de derecha con Lavín y la UDI, tienen menos repercusión y proyección.

Referencias bibliográficas

- ABEDI, Amir (2004). *Anti-Political Establishment Parties. A comparative analysis*. Londres: Routledge.
- ALTMAN, David y LUNA, Juan Pablo (2015). “¿Partidos hidropónicos en un sistema de partidos muy institucionalizado? El caso de Chile”. En TORCAL, M. (coord.). *Sistemas de partidos en América Latina* (pp. 203-219). Barcelona: Anthropos.
- ANDUIZA, Eva, CANTIJOCH, Marta, GALLEGO, Aina y SALCEDO, Jorge (2010). *Internet y participación política en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- ANGELL, Alan (2006). *Elecciones presidenciales, democracia y partidos políticos en el Chile post Pinochet*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenarios.
- ANSELMINI, Manuel (2019). *Populismo. Teorie e problema*. Milano, Italia: Mondadori.
- AVENDAÑO, Octavio y ESCUDERO, María Cristina (2019). “La oposición a los gobiernos de centro-izquierda y de derecha. Una aproximación desde la experiencia chilena, 2006-2019”. En De OLIVEIRA, L. y DOMÍNGUEZ, C. (org.) *Política, Cultura e Sociedade na América Latina: Estudos Interdisciplinares e Comparativos* (pp. 271-295). Curitiba-Brasil: Editoria CRV. Vol. 6.
- BAÑO, Rodrigo (1986). *Los sectores populares frente a la política* (algunos resultados de una encuesta). Documento de Trabajo. Santiago: FLACSO.
- BAÑO, Rodrigo (1990). *La gente piensa algo sobre los partidos*. Serie Estudios Políticos. Documento de Trabajo N° 4. Santiago: FLACSO.
- BARDI, Luciano (1996). Anti-party sentiment and party system change in Italy. *European Journal of Political Research*, N° 29, pp. 345-363.
- BORDIGNON, Fabio y CECCARINI, Luigi (2015). “The Five-Star Movement: A catch-all anti-party party”. En DE PETRIS A. y POGUNTKE, Th. *Anti-Party Parties in Germany and Italy. Protest Movements and Parliamentary Democracy* (pp. 17-46). Roma: LUISS University Press.

- CAMPUS, Donatella (2006). *Lantipolitica al governo. De Gaulle, Reagan, Berlusconi*. Bolonia, Italia: Il Mulino.
- CAMPUS, Donatella (2010). El lenguaje populista en el poder. *Revista de Sociología*. N° 24, pp. 151-164.
- CARAMANI, Daniele (2017). Will vs. Reason: The Populist and Technocratic Forms of Political Representation and Their Critique to Party Government. *American Political Science Review*. Vol. 111, N° 1, pp. 54-67. doi:10.1017/S0003055416000538.
- CORREA, Sofía (2004). *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- DE LA TORRE, Carlos (2008). "Populismo, ciudadanía y Estado de derecho". En DE LA TORRE, C. y PERUZZOTTI, E. (eds.). *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina* (pp. 23-53). Quito, Ecuador: FLACSO.
- DELLA PORTA, Donatella, FERNÁNDEZ, Joseba, KOUKI, Hara y MOSCA, Lorenzo (2017). *Movement Parties Against Austerity*. Cambridge: Polity Press.
- FERNÁNDEZ, Joaquín (2007). El ibañismo (1937-1952): *Un caso de populismo en la política chilena*. Santiago: Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- FREIDENBERG, Flavia (2007). *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid, España: Editorial Síntesis.
- FREIDENBERG, Flavia (2011). Los nuevos liderazgos populistas y la democracia en América Latina. *LASAFORUM*. Vol. XLII, N°3, pp. 10-11.
- FUENTES, Claudio (2021). *La transición inacabada. El proceso político chileno 1990-2020*. Santiago: Catalonia.
- GAMBOA, Ricardo, ESCUDERO, María Cristina, MORALES, Mauricio, OLIVARES, Alejandro y SALCEDO, Rodrigo (2016). *La cultura política de los partidos*. Santiago: Ministerio Secretaría General de la Presidencia.
- GONZÁLEZ, Florencia, MARAMBIO, Alexis y TORRES, Javier (2017). "Franco Parisi: el economista del pueblo". En MORALES, M.; NAVIA, P. y GARRIDO, C. (eds.). *El Tsunami electoral de 2013 en Chile* (pp. 191-212). Santiago: RIL Editores.
- HARTLEB, Florian (2013). ¿Anti-elitis cyber parties?. *Journal of Public Affairs*. Vol. 13, N° 4, pp. 355-369. DOI: 10.1002/pa.1480
- HUNEEUS, Carlos (2014). *La democracia semisoberana. Chile después de Pinochet*. Santiago: Taurus.

- HUNEEUS, Carlos y AVENDAÑO, Octavio (2018). “Los partidos políticos y su debilitamiento”. En HUNEEUS, C. y AVENDAÑO O. (eds.). *El sistema político de Chile* (pp. 153-191). Santiago:
- IGNAZI, Piero (2019). *Partito e democrazia. L'incerto percorso della legittimazione dei partiti*. Bolonia, Italia: Il Mulino.
- KENNEY, Charles D. (1998). Outsider and Anti-Party Politicians in Power. New Conceptual Strategies and Empirical Evidence from Peru. *Party Politics*. Vol. 4, N° 1, pp. 57-75.
- KOSCHMIEDER, Carsten y NIEDERMAYER, Oskar (2015). “The Election Campaigns of German Anti-Party Parties - Pirates, Free Voters and the Alternative for Germany”. En DE PETRIS A. y POGUNTKE, Th. *Anti-Party Parties in Germany and Italy. Protest Movements and Parliamentary Democracy* (pp. 149-162). Roma: LUISS University Press.
- LUNA, Juan Pablo (2017). *En vez del optimismo. Crisis de representación política en el Chile actual*. Santiago: Catalonia.
- LUPO, Salvatore (2013). *Antipartiti. Il mito della nuova politica nella storia della Repubblica* (prima, seconda e terza). Roma: Donzelli editore.
- MAYOL, Alberto y CABRERA, Andrés (2017). *Frente Amplio en el momento cero*. Santiago: Catalonia.
- MAYORGA, René (1995). *Antipolítica y neopopulismo*. La Paz, Bolivia: CEBEM.
- MIRANDA O., Nicolás y LÓPEZ, Miguel Ángel (2020). “Elecciones generales chilenas de 2017: el regreso de Piñera y el debut del nuevo sistema electoral”. En M. Alcántara (dir.). *América Latina vota (2017-2019)* (pp. 101-135). Madrid: Tecnos.
- MORALES, Mauricio (2015). Debut y despedida. La derecha chilena en las elecciones de 2013. *Revista de Estudios Políticos*. N° 168, pp. 261-290. doi:<http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.168.09>.
- MORLINO, Leonardo y Raniolo, Francesco (2017). *The Impact of the Economic Crisis on South European Democracies*. Cham, Switzerland: Palgrave Macmillan.
- MOULIAN, Tomás (2006). *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. Santiago: Lom Ediciones.
- MUDDE, Cas y ROVIRA-KALTWASSER, Cristóbal (2019). *Populismo. Una breve introducción*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- MUDDE, Cas (1996). The Paradox of the Anti-Party Party: Insights from the Extreme Right. *Party Politics*. Vol. 2, N° 2, pp. 265-276. Doi: [10.1177/1354068896002002006](https://doi.org/10.1177/1354068896002002006).

- NAVIA, Patricio (2009). *El díscolo. Conversaciones con Marco Enriquez-Ominami*. Santiago: Debate.
- OSORIO, Rodrigo y SCHUSTER, Martín (2010). “Marco Enriquez-Ominami: el candidato independiente”. En MORALES, M. y NAVIA, P. (eds.). *El sismo electoral de 2009. Cambio y continuidad en las preferencias políticas de los chilenos* (pp. 99-121). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- OSORIO, Rodrigo, SCHUSTER, Martín y SOTO, Ximena (2017). “El segundo round de Marco Enriquez-Ominami”. En M. MORALES, P. NAVIA y C. GARRIDO (eds.). *El Tsunami electoral de 2013 en Chile* (pp. 99-121). Santiago: RIL Editores.
- PNUD (2019). *Diez años de auditoría de la democracia. Antes del estallido*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- POGUNTKE, Thomas (1996). Anti-party sentiment-Conceptual thoughts and empirical evidence: Explorations into a minifield. *European Journal of Political Research*. N° 29, pp. 319-344.
- POGUNTKE, Thomas y SCARROW, Susan E. (1996). The politics of anti-party sentiment. *European Journal of Political Research*. N° 29, pp. 257-262.
- POGUNTKE, Thomas (2015). The German Party System after 2013 Elections: An Island of Stability in a European Sea of Change. DE PETRIS A. y POGUNTKE, Th. *Anti-Party Parties in Germany and Italy. Protest Movements and Parliamentary Democracy* (pp. 235-253). Roma: LUISS University Press.
- ROBERTS, Kenneth (1995). Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case. *World Politics*. Vol. 48, N° 1, pp. 82-116.
- SCARROW, Susan E. (1996). Politicians against parties: Anti-party arguments as weapons for change in Germany. *European Journal of Political Research*. N° 29, pp. 297-317.
- SANI, Giacomo y SEGATTI, Paolo (2001). Antiparty Politics and Restructuring of the Italian Party System. En NIKISFOROS DIAMANDOUROS, P. & GUNTHER, R. (eds.). *Parties, Politics, and Democracy in the New Southern Europe* (pp. 153-182). Baltimore: The John Hopkins University Press.
- SANTANA, Andrés, MONTERO, José Ramón y RAMA, José (2019). Las elecciones parlamentarias chilenas de 2017: características de los votantes y factores del voto. *América Latina Hoy*. N° 81, pp. 147-171. <https://doi.org/10.14201/alh201981>.
- TAGGART, Paul (2017). New Populist Parties in Western Europe. En MUDDE C. (ed.). *The Populist Radical Right* (pp. 159-171). New York: Routledge.

TIRONI, Eugenio (2010). *Radiografía de una derrota. O como Chile cambió sin que la Concertación se diera cuenta*. Santiago: Uqbar Editores.

TORCAL, Mariano, MONTERO, José Ramón y GUNTHER, Richard (2007 [2002]). “Los sentimientos antipartidistas en el sur de Europa”. En MONTERO, J. R., GUNTHER, R. y LINZ, J. (eds.). *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos* (pp. 245-276). Madrid: Editorial Trotta.

VENEGAS, Juan Ignacio (2016). *¿Por qué los jóvenes chilenos rechazan la política? Desafección política juvenil en el Chile postransición*. Santiago: RIL Editores.

Documentos

Frente Amplio (2017). El programa de muchos. Beatriz presidenta. Santiago. Disponible en: https://www.frente-amplio.cl/sites/default/files/documentos/programa-beatriz_sanchez.pdf .